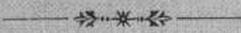


FRANCISCO SIMÓN Y NIETO

DE PALENCIA Á NUMANCIA

IMPRESIONES DE UN VIAJERO



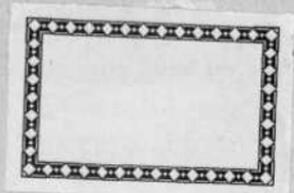
PALENCIA.

Imprenta, litografía y encuadernación de Alonso Hijos

Mayor pral., 71 y Gil de Fuentes, 22

SS-F

K-46



B.P. de Soria



1062505

SS-F K-46

481

DE PALENCIA A NUMANCIA

R. 8. 211

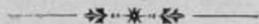
DE PALENCIA Á NUMANCIA

IMPRESIONES DE UN VIAJERO

POR

FRANCISCO SIMÓN Y NIETO

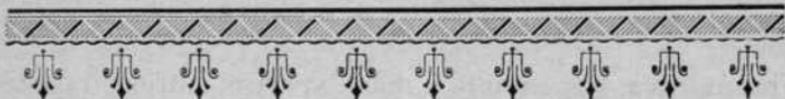
C. DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA



PALENCIA.

Imprenta, litografía y encuadernación de Alonso Hijos

Mayor pral., 71 y Gil de Fuentes, 22



I.

SUMARIO.—LA GUERRA NUMANTINA.—NUMANCIA Y PALENCIA ALIADAS CONTRA ROMA.—EXPLORACIONES EN EL SOLAR DE NUMANCIA.—COMISIÓN ENCARGADA DE ESTA EMPRESA.—TRABAJOS SEMEJANTES REALIZADOS POR SAAVEDRA Y POR UNA COMISIÓN ALEMANA.—LA ACCIÓN OFICIAL ESPAÑOLA.

Alguno de los historiadores antiguos y casi todos los modernos, refieren, al hablar de la destrucción de Numancia y de la guerra llamada numantina, la gran guerra, según Cicerón, que esta ciudad luchó contra Roma completamente sola y sin extraño auxilio, durante catorce años, según unos, veinte según otros.

La afirmación es inexacta y Floro, autor de la historia más circunstanciada de esta épica contienda, y Apiano, otro narrador de aquella lucha, señalan, con detalles bien elocuentes, que hubo otra metrópoli, perteneciente también como Numancia al convento jurídico de Clunia, que unió su suerte á la de esta ciudad infortunada. Esta ciudad fué Palencia.

No una, sino varias veces, la caballería palentina socorrió á los numantinos, y las legiones invictas de la

república y sus caudillos más expertos sufrieron castigos y derrotas, que además de llevar el desaliento sobre las tropas, el descrédito entre los generales y las más graves preocupaciones sobre el Senado romano, llevaron á los heroicos numantinos la esperanza de un triunfo definitivo.

¿Cómo sinó hubiera podido resistir Numancia tantos años?

¿Cómo de otra manera habrían estado á punto de agotarse los recursos de la república?

¿Cómo explicarse el fracaso de diez generales romanos frente á los muros de una ciudad pequeña y pobre, siendo preciso para vencerla las artes duras, violentas, antihumanas, de Escipión el debelador de Cartago?

No, Numancia no luchó sola, ni puede considerarse aquella guerra como la de una ciudad contra la república poderosa y avasalladora. Hay que considerarla como la lucha de todo un pueblo, de una comarca agreste y extensa, cuyo baluarte era Numancia, especie de Acrópolis de una región dilatada, contra Roma.

Mejor dicho, hay que considerarla como la lucha entre dos regiones y Roma: los Pelendones con Numancia aliados á los Vacceos, contra el pueblo militar invasor.

Las glorias, pues, de Numancia son glorias palenquinas; mas en tanto la una por su destrucción ha gozado y goza de la inmortalidad en la historia, la otra por su supervivencia apenas merece un recuerdo, que á veces se le niega.

Pero no es esta ocasión de promover ningún género de competencia en la adjudicación de glorias y triunfos históricos, ni de suscitar ningún sentimentalismo romántico, estéril, cursi y pasado de moda. Es sencillamente la necesidad que siento de justificar ante

los amables lectores (1) el centuplicado interés que encierra para mí y creo que para todos los que tengan con la tierra palentina algún vínculo, que no sea de orden absolutamente vulgar y despreciable, la empresa acometida, recientemente, de practicar exploraciones en el solar de la antigua Numancia.

La noticia de que estas exploraciones habían sido iniciadas de un modo oficial y además dirigidas por una Comisión de personas de muy reconocida competencia y de méritos muy relevantes, puso en mi ánimo un poderoso estímulo y encendió un deseo de visitar las ruinas numantinas; visitando al paso una vieja pero interesante y simpática ciudad castellana, Soria, y recorriendo, aunque á vista de pájaro, una de las regiones castellanas de más interesante estudio: el valle del Duero.

Y cómo lo pensé lo hice. Mas si en la antigüedad fué heroica la empresa de los palentinos al socorrer á Numancia, no es, en los tiempos que corremos, obra liviana y exenta de sacrificios salvar los 200 kilómetros que en línea recta separan las antiguas ciudades aliadas; pues por arte de nuestras empresas ferroviarias no son menos de veintiseis horas las que han de emplearse en recorrerla. Seguramente Retógenes, el héroe de Numancia, que de noche, descolgándose de los muros y cruzando el campamento de Escipión, y al paso el pecho de algún centinela, pudo escapar de la ciudad sitiada y caminar veloz á Palencia para requerir su auxilio, Retógenes, digo, cuyo nombre figura en el monumento que corona hoy las ruinas, pudo salvar aquella distancia en menos tiempo y no con mayores molestias que las

(1) Estos artículos fueron publicados en *El Diario Palentino* y reproducidos por el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*.

que proporciona el ferrocarril de Ariza con una serie de empalmes, paradas y combinaciones.

Pero al fin todo es llevadero ante la idea de poder gozar las primicias de los descubrimientos, interesantísimos no solo por lo que en sí encierran, sino por el relieve que adquieren cuando los muestran hombres como Mérida, Anibal Alvarez y nuestro convecino Sr. Ramirez; que con un conocimiento perfecto de la topografía de la región y de la expresión técnica que merece cada caso, ya se trate de utensilios de uso doméstico ó individual, ya de conocer la estructura urbana de la ciudad destruída, ya de percibir las costumbres de sus habitantes y los recursos tácticos de los sitiadores, hacen resurgir, con el estudio de esa ciudad sepultada, las condiciones de vida civil y militar de aquellos tiempos.

Para conocer y estudiar *de visu* estas cosas y aun para contribuir en la modesta esfera que yo puedo hacerlo á otro género de investigaciones y trabajos de semejante índole, he llegado ayer tarde y he examinado, las exploraciones practicadas, que corresponden á tres épocas: las primeras al año 1861, en que la Academia de la Historia, y en su nombre el Sr. Saavedra, exploró el centro de la meseta numantina; las segundas al año pasado de 1905, en que dos sabios alemanes, Schultze y Könen, hicieron análogas investigaciones en diversos sitios, no sistematizadas; y las terceras, las que se acometen ahora por la acción oficial española, despertada al fin por el patriótico desprendimiento de un senador soriano, el Sr. Aceña, sinceramente prendado de su tierra y de sus glorias, *avis rara* entre los políticos que padecemos, por la noble modestia de sus aspiraciones.

Y ha dado por último sanción á estos impulsos de reforma el espíritu generoso del Rey, cuya presencia en

estas tierras ha impreso un fecundo movimiento inicial, que ya, felizmente, no sufrirá interrupción alguna.

Yo así lo espero, ó este es al menos el propósito hoy predominante y cuya realización descansa en el entusiasmo que esta empresa ha despertado en el actual ministro de Instrucción pública, D. Amalio Jimeno. Y cosa extraña y que anoto con regocijo; tres médicos han pasado en breve tiempo por este Ministerio, y todos ellos han orientado su pensamiento de idéntica manera, hacia procurar la enseñanza experimental; y los estudios históricos no admiten otro género de experimentación que este que se lleva á cabo sobre el cadáver de Numancia. Se le exhuma para estudiarle como la ciencia experimental demanda; con el fin de enterrar definitivamente todo lirismo y aprovechar toda enseñanza útil.

Yo, afortunado testigo de este suceso, quiero y debo reservar para las gentes palentinas y para los lectores de ese popular periódico, las impresiones que recoja en esta visita. Apenas repuesto de las molestias del viaje no puedo hacer hoy otra cosa, que consignar aquí mi propósito de registrar mis impresiones, ordenarlas y ofrecérselas al público de Palencia. Y si esta ciudad fué la única que socorrió á Numancia en su lucha memorable, es muy justo que sea también la primera que se entere de cómo descansa su aliada y cómo despierta de un sueño de veintidós siglos.

Mas el tiempo apremia y el correo espera. Mañana indemnizaré á los lectores y procuraré cumplir la promesa que los hago en esta primera carta.

Garray, 25 Julio 1906.

II.

RAZÓN DE LA GUERRA NUMANTINA.—DISPOSICIÓN GENERAL DE LA CUENCA DEL DUERO.—NECESIDAD DE DOMINAR ESTE RÍO.—LOS ROMANOS, LOS ÁRABES, LOS NOBLES Y LOS MONJES EN LAS ORILLAS DEL DUERO.—ÍNDOLE DE LA GUERRA NUMANTINA.—DERROTA DEL CÓNSUL C. HOSTILIO MANCINO.—ESCIPIÓN SITIA Y DESTRUYE Á NUMANCIA.

Para hallar la razón de la guerra numantina, es menester hacerse cargo de la importancia que tenía para Roma el dominio sobre el Duero. Y nada más fácil para ello que recordar la disposición geográfica de la meseta alta de Castilla; nexo de todo dominio en el resto de la península.

Forma esta meseta una elevada planicie cerrada por cadenas de montañas, y crúzala de Oriente hasta el Atlántico el Duero, navegable en 800 estadios (cada estadio 185 metros, próximamente) según los historiadores romanos.

Dada la dirección de este río y su nacimiento no lejano de la más importante metrópoli romana á la sazón, *Cesaraugusta* (Zaragoza), era forzoso para ellos dominarle en todo su curso. Este dominio, por otra parte, le imponía la naturaleza misma del país que conquistaban y la índole propia de la empresa que acometieron.

Cruzar las cadenas de montañas ha sido siempre para el hombre una empresa ardua; y habitar territorios separados de los cursos de los ríos, ha sido buscar

esterilmente una lucha en la que el hombre resulta, sinó vencido, debilitado. Antes, la vida se concentró en las márgenes de los ríos, como hoy se concentra en las orillas de los mares. El terreno allí es más fértil, los pastos más abundantes, el suelo más llano, el clima más dulce y las comunicaciones de unos pueblos con otros más expeditas. Naturalmente, el dominio sobre un río implica el de todo el valle por donde discurre y, en su caso, el de toda la cuenca. Y cuando este dominio puede establecerse siguiendo el curso de las aguas, reúne la ventaja que ofrece una marcha natural y ordenada.

Si á estas circunstancias generales se unen las particulares que antes apunto relativas á la dirección general del Duero, se explica bien que los romanos aceptaran esta vía para su invasión en la parte alta de la península. Por ella, y siguiendo el curso del Duero, no lejos de sus riberas, trazaron la más importante calzada militar que había de unir Zaragoza con Astórga, calzada que ha sido tan sabiamente estudiada por Saavedra en la parte que comprende desde *Augustobriga* (Agredda), hasta *Vxama* (Osma), pasando por Numancia.

Un medio facilísimo y evidente para convencerse de esto, se encuentra recorriendo en toda su longitud el ferrocarril de Valladolid á Ariza, que ofrece la particularidad de hallarse tendido por más de 200 kilómetros á orillas del Duero. En una tan respetable distancia no se descubre accidente alguno utilizable para resistencias armadas; antes bien, la amplitud de la vega y la fertilidad de aquellos terrenos incita, de parte del conquistador á ejercitar el dominio y, de parte de los habitantes á disfrutar de los goces de la paz y del trabajo, aun á costa de su libertad.

Todos los pueblos han dejado en este valle las huellas de su paso ó las señales de la servidumbre á que

sujetaron á sus habitantes. Los romanos trazaron su calzada y se esforzaron en Numancia, en Osma, en Pincia, en Terlancia y en Clunia, bien de asegurar su situación militar, bien de establecer los recursos de su administración y gobierno. Los árabes, á su vez, descendieron á Castilla por idéntico camino, después de conquistada Zaragoza; y allí, en las riberas de este río, en San Esteban de Gormaz, y no lejos de ellas, en Calatañazor, tremendos y mal reparados desastres arrebataron de sus manos la posesión de toda Castilla.

Más adelante y cuando al dominio de un pueblo extranjero sucede el dominio de una casta privilegiada, los nobles y los magnates, en competencia con los monjes bernardos y los premostatenses, buscan el dominio sobre aquellas riberas con poderosos castillos, que el viajero divisa atónito por el esfuerzo que aquellas ciclopeas construcciones representan. En Peñafiel se hiergue arrogante en el punto más avanzado de un cerro puntiagudo, una pintoresca é interesantísima fortaleza, desde la cual el infante D. Manuel y su hijo el autor del Conde de Lucanor, mantienen sobre míseros vasallos una supremacía ominosa. Casi en frente, Curiel ofrece otro testimonio, con los restos de su castillo, de las luchas, también de invasión, de los aragoneses, iniciadas con Alfonso I el batallador, y mantenidas, aunque con otro carácter, en el reinado de D. Pedro I, cuyo esfuerzo se estrelló ante muros de esta fortaleza. Y más arriba, cuando el valle se ensancha frente á Roa, aparecen por el Mediodía las siluetas de los castillos de Oyales y el de Aza, perennes testimonios de la tenaz supremacía de dos familias poderosas.

Paralelamente á este género de dominio aparece allí otro menos violento, pero harto más eficaz y positivo: el de los monjes. No son fortalezas coronadas de almenas, no son testimonios de guerras, de luchas

cruentas y dolorosas, lo que subsiste de su paso y de su existencia en este valle. Son espléndidos monasterios, son templos de grande expresión monumental y artística en la Vid (1) y en Valbuena monasterial los que señalan á orillas del Duero, no solo el fervor religioso de los monjes sino también el tino, el insuperable acierto con que eligieron lugares pródigos y fértiles; que nunca creyeron los premostatenses y bernardos que fuera un obstáculo para su vida monacal la plácida conquista de este mundo perecedero y transitorio, allí donde le ofrece naturaleza con todos los atractivos de la vida.

Ahora es otro elemento también invasor, pero de muy diversa índole, quien ha tomado aquellas riberas como campo de sus actividades: la ciencia, representada por los más modernos adelantos industriales, ya en explotaciones agrícolas muy perfectas, ya en cultivos novísimos, ya en industrias azucareras ó eléctricas, ó en canalizaciones irrigatorias que multiplican la población y la riqueza.

Todo esto expresa, que lo mismo los industriales y cultivadores del día, que los monjes poseedores y agrónomos, que los nobles y magnates opresores, que los pueblos de organización militar representados por aragoneses, árabes y romanos, han elegido el valle del Duero, ora para establecerse gozando de las delicias de la vida y del trabajo, ora para buscar en sus riquezas los medios para la invasión y la conquista.

Para los romanos, pues, el descenso por el Duero era además de una necesidad estratégica, una necesidad que imponía el abastecimiento de sus tropas y su soste-

(1) La Vid, ó Santa María de la Vid, es una de las más antiguas fundaciones del orden de Premostre en Castilla, si se exceptúa Re-tuerta que le aventaja en un año. Se atribuye su erección á Alfonso VII en 1144.

nimiento en la península, toda vez que constituía la base de sus comunicaciones con Galicia y Cantabria. No podían aventurarse á la conquista de estas comarcas sin tener espedita esta vía de aprovisionamiento y en su caso de retirada. Y es elemental considerar que no habían de tener por segura una comunicación á cuya espalda se alzaba arrogante y amenazador un pueblo pobre pero indómito, inculto y quizás por lo mismo tenáz y heróico.

Así se explica la obstinada política de los cónsules romanos por dominarle, como se explican bien las dificultades con que tocaron para conseguirlo. Tenían en su favor los numantinos su propio estado social, bien perceptible en las ruinas, que los hacía sobrios y resistentes para todo esfuerzo. Se hallaban adaptados á un clima duro é insoportable para cualquier ejército invasor; no temían por su independencia porque jamás la habían visto comprometida, y de aquí su lucha con los cónsules y los ejércitos romanos cuyo sibaritismo los inspiraba desprecio. Guerreaban con una táctica propia de pueblos independientes y primitivos que desconcertó á los romanos, habituados á principios militares que no tenían aplicación en esta guerra, y resultaron vencedores con sus extratagemas, infringiendo á cónsules como Mancino derrotas vergonzosas, é imponiéndole tratados de paz humillantes. (1)

(1) Por motivo de esta paz el cónsul G. Hostilio Mancino fué acusado ante el Senado y el pueblo de violador del *jus fetiale* y condenado por el Colegio de los Sacerdotes, encargados de regular el derecho de la guerra y los tratados de paz, á ser entregado á los numantinos (186 a. de J. C.)

Para comprender la importancia de esta sentencia, será bueno recordar que la historia de Roma registra pocos castigos semejantes, fuera del de Valerio y el de Postumio, que fueron también relegados á sus vencedores los Samnitas; por lo cual hay que ver, en el caso de Mancino, una medida política principalmente.

Los *fetiales*, ó el Colegio Sacerdotal de este nombre, se hallaba compuesto de veinte miembros vitalicios, de entre los cuales se

Mas el Senado romano no quiso satisfacerse al ver á Numancia tranquila con su triunfo. Además de ser un oprobio para Roma, era un peligro para su porvenir

elegían de dos á cinco que llevaban el nombre de *pater patratus* y resolvían, como persona investida de la dignidad de padre de familia, la ejecución lo mismo de una declaración de guerra, que el examen y redacción de un tratado de paz (*foedus*), de una alianza, ó de una satisfacción (*clarigatio*). Estos sacerdotes no solo eran los depositarios é intérpretes de una ciencia, el *ius fetiale*, sino que daban consagración religiosa á todos los actos ligados á las relaciones de Roma con los demás pueblos.

Para esto, y en todos los casos, se revestían de sus hábitos sacerdotales; con las insignias de su cargo y las yerbas sagradas (*sagmina*) en la mano, subían al capitolio y dirigían una invocación á Júpiter, que nos ha conservado Tito Livio, quedando entonces el asunto remitido á la opinión del pueblo y á la resolución del Senado. El cónsul entonces pronuncia la fórmula consagrada para estos casos que termina con la frase *quid censes?* Si se decide la guerra el *pater patratus* se dirige á la frontera del país enemigo, ó de un modo simbólico, cuando esto no es posible, ante la *columna bellica* que hay delante del templo de Bellona, arroja una lanza ensangrentada que lleva en la mano, á la vez que formula las palabras: *ob eam rem ego populusque romanus, bellum dico facioque.*

En las negociaciones de paz los generales no tienen otras atribuciones que las comprendidas en una promesa (*sponsio*) que no es obligatoria para el pueblo. Los armisticios, ó sea una paz temporal sin *foedus*, han de ser definidos también por los *fetiales* y sancionados por el Senado. Cuando las promesas (*sponsio*) de los generales son rechazadas por el pueblo, los *fetiales* hacen desnudar al culpable y á sus cómplices, los atan las manos y les entregan al enemigo, diciéndole: *hosce homines vobis dedo.* Desde aquel momento la guerra se reanula como sucedió en Numancia y como había sucedido con los Samnitas 194 años antes, ó sea el 320 (a. de J. C.), por cierto que, en ambos casos, con igual resultado político, pues lo mismo que cayó Numancia á los pies de Roma, así había incorporado también la república á su territorio el Sannio, primer movimiento de expansión en la península itálica del pueblo romano.

Este suceso ocurrió por haber sido derrotados los cónsules Valerio y Postumio, por Poncio, jefe de los Samnitas. El ejército romano recobró la libertad mediante la entrega de 600 rehenes y el desfile por el yugo. *Foedus caudinum* se llamó á esta paz vergonzosa y *caudinum jugum* ó yugo de Santa María de Vallegardano se llama todavía el estrecho de Arpaya, donde los romanos sufrieron esta humillación. El Senado rechazó el pacto, estableciendo el siguiente principio de derecho público, que limitaba definitivamente las atribuciones de los generales en punto á tratados: *Injussu populi nihil sancire posse quod populum teneat.* Entregó también á Valerio y Postumio al enemigo; pero Poncio rechazó el holocausto de los dos generales á quienes había vencido.—V. Mommsen et Marquadt. *Le culte chez les Romains* y en especial el art. *Le college des Fetiales.*

en España, si la persistencia de este pueblo comprometía el dominio sobre el Duero. No decretó su desaparición como en Cartago, pero encomendó al más grande de sus capitanes, á Escipión, la empresa de lavar la mancha que habían sufrido sus legiones y dominar definitivamente un pueblo peligroso. Escipión cumplió cruelmente sus deberes y parece que deja ahora de ser un enigma si la desaparición de Numancia se debe solamente al valor indómito de sus hijos ó también á la fría, terrible y alevosa condición del destructor de Cartago.

En artículos sucesivos estudiaré este punto, al que habrá de preceder una descripción del estado de las ruinas y de las enseñanzas que de ellas se recogen, luminosas bajo muchos puntos de vista.

Soria, 26 Julio 1906.

III.

EXTRUCTURA GENERAL DEL TERRITORIO NUMANTINO.—MONTAÑAS QUE LE LIMITAN.—RÍOS QUE LE CRUZAN.—POSICIÓN DE NUMANCIA.—SU VALOR EXTRATÉGICO.—DIFICULTADES TÁCTICAS PARA COMBATIRLA.—ASPECTO DEL CERRO.—MONUMENTOS CONMEMORATIVOS.

La parte superior de la cuenca del Duero ofrece una particularidad orográfica que no es rara en las altas mesetas, y aún en otras de altura media, como sucede con la del Sil en Galicia. Si á cualquiera de estos ríos se los sigue en dirección contraria al curso de sus aguas, se observa que cerca de su nacimiento el terreno se ensancha bruscamente, y tras una garganta, más ó menos prolongada, se encuentra el observador en un amplio anfiteatro, rodeado de montañas por todas partes.

En el Sil, este anfiteatro es el Bierzo; en el Duero es el antiguo país de los Pelendones.

En uno y otro, la disposición es semejante. Un inmenso círculo de montañas, de las cuales descienden al llano numerosos arroyos, para formar un río que recorre la llanura, buscando un repliegue por donde escapar tortuosamente.

Pues bien, figuraos una llanura de aspecto sensiblemente circular, circundada por la Sierra de Cameros, el Moncayo y la Sierra de Urbión, llanura que ofrece un diámetro de 15 á 18 kilómetros: figuraos que la cruzan

tres ríos principales, el Duero, el Merdancho y el Tera, que confunden sus aguas en una sola corriente y en sitio que equivale al centro de ese inmenso círculo; figuraos ese territorio cubierto de numerosas aldeas y tendréis idea aproximada del escenario donde se desarrolló uno de los más tremendos dramas de nuestra historia.

Hacia el centro de esta llanura y en el punto donde concluyen los tres ríos, álzase un montículo, en apariencia circular, que se eleva sobre el llano de 60 á 70 metros. Es la base de un cono, ó mejor, un cono truncado que ofrece en lo alto una meseta de 500 á 600 metros de diámetro.

El cerro del Cristo de Otero, seccionado á la mitad de su altura, daría una idea muy aproximada, con solo hacerle adquirir las proporciones del primero.

Pues bien, sobre esa meseta se alzó Numancia. (1) Un observador colocado en su cima, ve por todas partes cerrado el horizonte por las Sierras antes enunciadas, peladas unas, cubiertas de pinos y de monte bajo otras; en el llano dilata su vista contemplando numerosos pueblecillos que se destacan en medio de un marco de verdes tonos.

Si mira al Poniente, percibe entre hermosas praderas y entre arboledas frondosas, el Duero que se acerca ya caudaloso, describiendo un inmenso círculo, para bañar la falda, por allí abrupta, del cerro; si lo hace

(1) No ha sido siempre una cuestión resuelta y definida, como lo es hoy, el emplazamiento de Numancia. Muchos historiadores antiguos anduvieron desacertados en este punto por interpretaciones equivocadas de los textos romanos y de escrituras del siglo XII, considerando los unos que Numancia corresponde á Soria y otros que corresponde á Zamora. Loperraez, en su *Historia del Obispado de Osmá*, tomo II, trata extensa y magistralmente este asunto, que ha dejado desde entonces de ser materia discutible.

al Norte, ve descender humilde el Tera, que pasa unido al Duero por el Sur de Numancia; y si dirige su mirada al Este, aprecia el Merdancho que rinde sus aguas algo más abajo. Por último, si quiere completar la observación por el Sur, contempla el espectáculo de los tres ríos reunidos que, al alejarse, pugnan por vencer los obstáculos que los ofrecen aquellas montañas de gargantas estrechas; lucha que mantienen durante siete u ocho kilómetros que han de recorrer hasta pasar por Soria.

Esta es, de un modo esquemático, la disposición general de aquel territorio. Si, ahora, concentramos la atención sobre el cerro que á modo de atalaya se levanta en medio de esta llanura, se observa que sus faldas ofrecen hacia el Sur y el Oeste un acceso difícil; el resto es de pendientes más suaves y dilatadas. La meseta es una planicie en cuyo suelo se dibujan con débiles relieves los edificios y las viviendas iberas que formaron en su día Numancia.

La posición, pues, de Numancia, en cualquier aspecto que se mire, era inmejorable. Las praderas del llano suministrarían pastos para sus ganados; las riberas de los ríos, tierras para el cultivo; las montañas, maderas para sus construcciones y leña para las necesidades de sus viviendas. Su posición central y elevada daba el dominio sobre las aldeas que tenía á la vista; y su relieve orográfico, acentuado por las fortificaciones que coronaban la periferia, le hacían inexpugnable para los ejércitos de aquel tiempo.

El ataque á la plaza era estéril, y el asedio ó el bloqueo implicaban la sumisión previa de toda la comarca.

Hoy campos de trigo y avena, agitados por la brisa, otros cubiertos de prosáicas muelas y de viles garbanzos, cubren la mayor superficie de aquel suelo vene-

rando; último tributo que satisfará la ciudad sepultada á la vida vegetal que se nutre de sus despojos.

Las cuatro quintas partes de aquella superficie, próximamente, se hallan consagradas al cultivo; el resto corresponde á las exploraciones de Saavedra en 1861, de la comisi3n alemana en 1905 y de la espa1ola que, al presente, tiene á su cargo tan delicada empresa. Poco campo tiene hoy para sus actividades, mas apenas levantados los frutos, podr3 libremente desarrollarlas, merced á la compra de unas heredades y al generoso desprendimiento con que el vizconde de Eza ha puesto otras á disposici3n del Estado, nobilísima conducta que merece todo g3nero de parabienes y alabanzas.

Igualmente es justo tributárselas á quienes, á modo de epitafio, han perpetuado en este cerro la memoria de Numancia. En un orden crítico é hist3rico, este mérito corresponde al insigne D. Eduardo Saavedra, nuevo Camilo (1) el día que resucite la ciudad ibera. En un orden monumental fué la benem3rita Sociedad Econ3mica de Soria quien levant3, por los a1os 40 3 42, un modesto monumento que no pudo completarse. Romántica esta Sociedad, como todas sus cong3neres, apel3 al sentimiento p3blico, en 3poca de renovaci3n pol3tica, con una suscripci3n, que como era de esperar, result3 un fracaso.

Un regimiento de guarnici3n en Soria levant3 so-

(1) Camilo recibió el título de *segundo fundador* de Roma, cuando en su quinta dictadura logró ver terminada la lucha entre el patriciado y la plebe, salvando la libertad y la cultura de su patria con las leyes licinio-sextias. Levant3 un templo á la Concordia y en su honor se a1adi3 un día á los juegos que se celebraban en Septiembre con el nombre de *ludi romani maximi* (365 a. de J. C.)

El título de *tercer fundador* de Roma se adjudic3 m3s adelante á Mario por su triunfo sobre los Cimbrios, en los famosos *campi-putridi*.

bre el cerro otra inscripción por el año 1882; y por último el Sr. Aceña hizo erigir el año pasado, de un modo más completo y artístico, una aguja sobre el correspondiente basamento y ovario, circundada por una verja y tallada esmeradamente en una arenisca rojiza. La silueta de esta aguja se destaca desde larga distancia sobre el verdor de los montes y sobre el azul de un cielo limpio y despejado. Y á su sombra descansa la comisión cuando, en el centro del día, se suspenden las tareas exploratorias.

Yo también he de suspender aquí mi labor cotidiana. La renovaré en esa ciudad, con premura, estudiando el sentido de las ruinas descubiertas y exponiendo ya las enseñanzas positivas que he logrado en esta visita, ya aventurando aquellas hipótesis que estime lícitas.

Hasta aquí he limitado mi labor á suministrar, á los lectores benévolos, los puntos de vista generales, que considero de indispensable conocimiento. Ahora me toca abandonar este camino, para penetrar con mayor desembarazo en el campo de las investigaciones, llevadas á cabo unas y en preparación avanzada otras.

Burgo de Osma, 27 Julio 1906.

IV.

DESCUBRIMIENTOS DE LA COMISIÓN ALEMANA.—CALLES Y VIVIENDAS.—DISPOSICIÓN DE ESTAS ÚLTIMAS.—POZOS.—ESTADO SOCIAL DE LOS HABITANTES.—UTENSILIOS.—CERÁMICA.—ESCASEZ DE RESTOS HUMANOS.—FORTIFICACIONES.

Las investigaciones llevadas á cabo en el cerro de Numancia, en 1905, por la comisión alemana, durante un período de tres ó cuatro meses, y con una brigada obrera que osciló de 30 á 45 hombres, dieron por fruto el descubrimiento de numerosas viviendas que, aunque ya deterioradas con las aguas del último invierno, suministran suficiente luz para conocer la índole de la ciudad sepultada.

Una zanja abierta de Norte á Sur, que cruza gran parte del cerro, consintió, si las interpretaciones no fueron equivocadas ó las referencias erróneas, atravesar doce ó catorce calles. Estas calles parece que afectan una disposición regular y en cierto modo paralela; son estrechas, de apenas dos metros, y se distinguen por su disposición rectilínea y por hallarse soladas con grandes aunque informes piedras silíceas, á la inversa de lo que se observa en las viviendas donde no es seguro que existiera otro pavimento que el natural.

De las viviendas no es posible formarse todavía un concepto acabado, al menos por lo que respecta á la extensión, desarrollo y disposición interior de cada



una. Quizás la comisión alemana llegara á sorprender en sus exploraciones la estructura de alguna de ellas; pero sus trabajos los mantiene aún inéditos, al menos en nuestro país.

Respecto á la textura de estas viviendas, ya es otra cosa; el juicio puede formularse desde luego. Fórmanlas muros de sesenta á setenta centímetros de espesor, fabricados con canto silíceo, aluviones antiguos procedentes del lecho de los ríos inmediatos. Hállanse colocados de un modo rudimentario y sencillo, y no se observa entre ellos, á modo de magma, ningún cemento, ninguna puzolana de las que se emplearon tan hábilmente en tiempos romanos. Es barro y no muy arcilloso el mortero que utilizaron, y que más bien sirve de lecho que de unión al elemento fundamental de la fábrica.

Las dimensiones son reducidas; por lo general las habitaciones que afectan formas no siempre regulares, tienen una superficie que apenas pasa de doce á diez y seis metros cuadrados y muchas no llegan á esta cifra.

Los muros, en la parte explorada, alcanzan la altura de un metro á metro y medio; siendo presumible que no tuvieran en su época mayor desarrollo vertical, pues al escavar el centro de estas viviendas no se recojen materiales de piedra que puedan reputarse como procedentes de muros derruídos. Es, pues, probable que el resto de las paredes hasta la altura del tejado, se hallase formado con adobes que se encuentran con cierta frecuencia y todavía en bastante buen estado.

La altura de las viviendas debió ser pequeña porque los muros no pudieron nunca resistir grandes cargas; y la techumbre de paja ó ramaje; si se considera que es muy escaso el número de tejas curvas ó fragmentos de ellas que aparecen. Algo más frecuentes son las planas (*tégula*) pero éstas son de origen romano y

magma
puzolana

La techumbre
de ramaje
can no se hacen
tejas

no ibero. Otra razón para creer que la techumbre fué vegetal, se encuentra en la espesa capa de cenizas y pedazos de carbón, de tamaño suficiente para conocer la especie arbórea de donde procede, capa que es uniforme y en algunos sitios de tal potencia que dá una magna medida de los terribles efectos de la catástrofe.

De todo esto se infiere un estado social rudimentario, una pobreza visible en los elementos y recursos para construir, y, probablemente, una estrechez en el domicilio de que nos es hoy muy difícil darnos cuenta.

Solamente así, es decir, habitando los numantinos casas de reducidas dimensiones y siendo además las calles muy estrechas, es explicable que pudiera vivir en aquel cerro, relativamente pequeño, un pueblo que oponía á los romanos 4.000 combatientes según unos historiadores, 8.000 según otros. Aceptando la primera cifra y considerando como población útil para la guerra, no solo á los varones adultos, sino á los viejos y eventualmente á las mujeres, no puede calcularse en menos de 8.000 los habitantes de Numancia, que daban á la ciudad una densidad de población exageradísima en viviendas de un solo piso. Esta densidad no podían lograrla más que á costa de la superficie habitada.

Una curiosa particularidad ofrecen las viviendas ó algunas de ellas al menos, de la cual el visitante forma rápido concepto. Aludo á unos pozos de tres ó cuatro metros de profundidad, circulares y con diámetro no pequeño, antes al contrario superior al diámetro habitualmente empleado en el día. Su fábrica, como la de los muros, es de canto silíceo; y su permeabilidad parece tan expedita, que excluye la idea de que hayan podido ser destinados á la conservación de líquidos para prácticas industriales, de que los numantinos se hallaban muy necesitados; como es el curtido de pieles

Essa estrechez la encontramos todavía en muchos de las viviendas de la cercana aldea de Tardecillas y en otras de la comarca. Responde a la población y al tipo.

Pozos con paredes formadas con cantos ¿grandes? En el fondo se hallaron huesos de animales. ¿Humano? ¿Pisó?

con que cubrían su cuerpo y satisfacían las mayores necesidades domésticas. Excusado es decir que tales pozos no pudieran ser abiertos para buscar agua que allí se encontrará al nivel del río, á 60 ó 70 metros; y no queda otra solución que considerarlos á modo de graneros, que así conservaban el trigo y las legumbres en Castilla en tiempos prehistóricos y aún más acá. Los exploradores alemanes parece que se inclinan á considerarlos como pozos negros ó al menos para aplicaciones semejantes á los *Kiokenmodingos* escandinavos, juzgando sin duda por los huesos de animales que aparecieron en su fondo.

Mas volviendo al estado social de los numantinos, en lo que éste puede inferirse en las condiciones del domicilio, no puede dudarse que era precario. No parece que pueda llegarse á la misma conclusión cuando se mira la disposición general de la ciudad. Calles tan numerosas como cruzó la Comisión alemana, dispuestas de un modo rectilíneo y en apariencia paralelas, acreditan un estado avanzado de organización colectiva, no extraño por cierto de aquellos tiempos de comunidades patricias y de instituciones jurídicas con miras á un interés absolutamente común.

Cuanto á las ocupaciones y costumbres y á la religión de los numantinos, no se colige mucho, en tanto no hable la Comisión alemana y no avance en sus trabajos la española. Así y todo, puede decirse respecto á las primeras que entre los principales utensilios de que disponían, si se exceptúan aquellos que por ser combustibles desaparecían en el incendio, fueron: muelas de piedra, de las cuales se ven algunas tiradas en las ruinas. Son de caliza, de traza circular, bien talladas, delgadas y con orificio central para articularlas un eje.

No es seguro todavía si tales muelas eran utilizadas para pulverizar tierras ó semillas, haciéndolas funcionar

verticalmente y alrededor de un centro, ó si fueron empleadas para ser movidas con el pie, hallándose dispuestas de un modo horizontal, en cuyo caso formarían parte del torno de un alfarero.

Es quizás más verosímil esta última versión, si se atiende á que fué este un oficio de gran provecho y de suma necesidad en los pueblos primitivos por la escasez de metales, llegando en algunos países, como en Egipto, á adquirir sello de nobleza hierática. En Numancia es por otra parte tan copiosa la cantidad de cerámica que se recoge de carácter ibero, aunque en su ornamentación aparezca, como piensa el Sr. Mérida, una clara influencia miceliana, que impone la convicción de haber sido fabricada *in situ*.

Todas las vasijas recogidas se hallan desgraciadamente fragmentadas; su reconstrucción demanda mucho tiempo y mucha perseverancia. Con todo podrá hacerse un copioso Museo de estos objetos. Predominan en los que yo he visto, los vasos de grandes tamaños (*doliums*) destinados á la conservación de líquidos de mucho consumo; agua, bebidas fermentadas y aceites comburentes. Predominan también en estos vasos las bocas grandes, las anchas curvas, como corresponde á vasijas que hubieran de usarse en común. Las de uso individual, como también aquellas destinadas á conservar líquidos peligrosos ó volátiles ó aromáticos, tienen siempre un cuello estrecho y una boca pequeña.

No he de detenerme ahora en otro género de consideraciones sobre la cerámica numantina, campo el más fértil para los arqueólogos que busquen enseñanzas en aquel cerro. Únicamente he de señalar el hecho de que los vasos tienen un carácter propio y no exótico. Su factura es fina, el barro se aprecia trabajado esmeradamente y los vasos torneados con mucha pulcritud. Su ornamentación es prolija, pero con gran escasez de

Lo miceliano
en la cerámica
según Mérida

Muchos
Dolium para
agua

temas, y con cierto dejo de clasicismo griego en opiniones respetables, pero no sé hasta qué punto justificadas en este caso.

Las vasijas de vidrio escasean notablemente. La Comisión alemana recogió pocos fragmentos y la española aún no ha tocado con ninguno. No es extraño; aun en tiempos romanos, el vidrio fué objeto muy lujoso en nuestro país y reservado principalmente para fines religiosos.

De objetos de bronce no he podido adquirir noticia; fusible este metal por el incendio, es de esperar que si alguno aparece se halle deformado ó informe. Harto más fácil considero el hallazgo de objetos de hierro, metal más útil y precioso que el cobre en aquel tiempo, si bien los términos en que pereció Numancia y la crueldad con que los ácidos orgánicos del suelo atacan este metal, hace sospechar que las armas de los numantinos, principal ó exclusiva aplicación que entre ellos pudo tener el hierro, se recojan en pésimo estado.

Objeto preferente de mi visita era la investigación de uno de los elementos que yo considero de más interesante conocimiento y de más luminoso estudio. Me refiero á huesos y esqueletos, lo mismo humanos que de animales.

Apenas planteadas las exploraciones por la Comisión española, no es extraño que aún no hayan podido acopiarse materiales para esta enseñanza.

Sin embargo, puede asegurarse que ni esta Comisión ni la alemana han tocado con ninguna necrópolis, objetivo culminante de toda investigación científica en el aspecto etnográfico. No tiene nada de particular; mas lo particular ahora es que haya dejado de tocarse con esqueletos humanos, que á juzgar por el modo como pereció Numancia, debieran hallarse con cierta frecuencia como signo catastrófico. Y sin embargo no apa-

*Necrópolis
y restos humanos*

[Handwritten signature]

recen. (1) El estudio de los esqueletos y principalmente de dos series de cráneos recogidos en necrópolis, consentiría conocer las características étnicas de aquel pueblo, mas el estudio de los esqueletos encontrados entre los restos del incendio, constituirían un comprobante histórico concluyente, de tal expresión dramática, que á su lado palidecería todo género de interés investigador.

Dícese que los alemanes reunieron materiales de esta índole. Es dudoso, porque ni aun por razón de su estudio, puede considerarse á nadie con valor suficiente para exportar este género de despojos. Sin embargo, de tal modo se afirma esto, que considero el asunto como muy digno de un pronto esclarecimiento. En su caso conduciría, no solo á la devolución de esos esqueletos, sino á la publicación de las enseñanzas que su estudio haya reportado. Los esqueletos procedentes de necrópolis envuelven un interés científico; mas los otros, los que aparezcan en sitios y lugares de lucha, tienen sobre aquel interés y sobre otro histórico y genuinamente arqueológico, uno supremo de índole nacional.

Huesos de animales domésticos no son raros, abandonados por la Comisión alemana. De buey, de carnero y de perro, se reconocen fácilmente. De conejo dícese que se encontraron en gran número en una vivienda.

Otro aspecto interesantísimo de las investigaciones en Numancia es el que corresponde á su vida militar, á sus fortificaciones y á sus condiciones y medios de resistencia y de lucha. Esto demanda á mis ojos una labor simultánea en el solar de Numancia y en aquellos

(1) Con posterioridad á la publicación de estos artículos, han sido reconocidos dos esqueletos: uno de un niño y otro de un adulto, encontrado en el fondo de un pozo.

Esqueletos en el fondo de un pozo

Vejo

*Fortificaciones
y Armas*

sitios donde Escipión y su cuñado Máximo tuvieron sus respectivos campamentos con 40.000 hombres. Así podrá comprobarse la exactitud con que los historiadores señalan la enorme diferencia que existía entre los medios de ataque de los unos y de resistencia de los otros, pues la circunstancia de ser romanos los historiadores no excusa errores ó exageraciones que pueden rectificarse.

Apiano Alejandrino, el más prolijo cronista de aquel asedio, asegura, por ejemplo, que las murallas de Numancia median 24 estadios. En esto hay evidente error. Esta medida equivale á tres millas romanas de 1.500 metros cada una, según Saavedra, que da un desarrollo total á las murallas de cuatro y medio kilómetros, mucho más de doble, casi el triple, del que tuvieron realmente. Es posible que las referencias tardías de Apiano fueran equivocadas, ó los copistas confundieran con la longitud de las murallas numantinas las fortificaciones de Escipión, confusión que ha conducido á considerar á Numancia como un campo atrincherado.

Que Numancia tuvo murallas á pesar del aserto de algunos historiadores, no ofrece duda alguna. Se hallan al descubierto por el Norte en una extensión de 120 á 140 metros. Dos paramentos de aluviones grandes, separados entre sí por un espacio de dos metros próximamente, relleno el espacio con otros aluviones de menor tamaño, y todo dispuesto y manejado de modo idéntico á como manejaron semejantes materiales los numantinos en sus viviendas, constituye el medio verdaderamente elemental y primitivo de circundar la ciudad.

No escasean en la parte interna de las murallas otro género de más sólidas y perfectas construcciones, pero dejan la duda de si son iberas ó pertenecen ya á tiempos

070
 las murallas

romanos. Repoblada de algún modo la urbe, vense allí vestigios que ni son iberos, ni peculiares al siglo II (a. de J. C.), como son: unas llamadas termas, cierta inscripción que hay en la Diputación de Soria, votiva á Júpiter, y quizás también las construcciones adosadas á las murallas que tienen revestimiento interior de yeso.

Pero de todos modos, interesa grandemente la determinación exacta de las fortificaciones numantinas, y la existencia, ó nó, de una especial que los historiadores romanos pintan como un baluarte formidable.

Muchas dudas suscita lo descubierto hasta ahora para esperar semejante hallazgo, al menos en los términos que hoy merecería una fortificación de esta especie; porque conviene no perder de vista que la madera constituía entonces, y durante la edad media, un excelente recurso para resistir los medios de ataque á las poblaciones; una fortificación temporal con que coronaban las murallas.

En lo que respecta á los recursos individuales de combate, hay que confiar en que pueda hacerse una luz completa. Desde luego la honda fué un recurso utilizado. Bolas de arcilla cocida de cuatro á cinco centímetros de diámetro, sin ornamentación alguna, constituían un arma arrojadiza, de que se han recogido muestras; pero lo más importante en este aspecto sería la comprobación de una noticia de exactitud sospechosa; la de haber sido encontradas en el año último puntas de flecha de sílex. Si así fuera, si los hallazgos de tales utensilios guerreros tuvieran importancia por su número, y hubieran de considerarse como un medio general de combate, habría que renovar las opiniones corrientes entre los hombres de ciencia, acerca de la situación de los pueblos preromanos en la península.

Con lo expuesto, en rápida y somera exposición, comprenderá el lector el altísimo interés que envuelve el estudio de las ruinas de Numancia, desde puntos de vista muy diversos.

A la exposición de algunas consideraciones sobre este punto, consagraré mi próximo y postrero artículo.

Palencia, 3 Agosto 1906.

V.

CARÁCTER DE LAS RUINAS NUMANTINAS.—IMPORTANCIA CIENTÍFICA DE SU ESTUDIO.—IGNORANCIA ACTUAL EN IBEROLOGÍA.—PRECAUCIONES QUE DEMANDA LA EXPLORACIÓN DE NUMANCIA.—DEBERES DEL ESTADO EN ESTE PUNTO.

HOMENAJE Á SORIA.

Por la breve enumeración que hice en el artículo precedente de la índole de los restos numantinos, compréndese bien la suma de tacto, de prolija y delicada labor que demanda el descubrimiento de la ciudad ibera.

La estructura de esta ciudad es singularísima, y no tiene semejanza con ningunas otras ruinas exploradas en nuestro país. El punto de mira y de obligada referencia en tales casos son siempre las antigüedades romanas; y el visitante y aun el explorador, se figuran que por tratarse de un pueblo contemporáneo del pueblo romano, va á encontrar en Numancia algo que ofrezca la condición de solidez y resistencia que dió este pueblo á sus construcciones. Figúrase también que la arquitectura numantina ha de participar en algún modo de aquel sello de elegante, de insuperable perfección, con que los romanos aplicaron los principios del arte griego, dándole ostentación y grandeza; piensa, en suma, que la resurrección de la ciudad ibera aumentará el catálogo de las antigüedades que sirven de recreación á los *dilettantis* y de fino deleite al espíritu de ciertos hombres de letras, para quienes el arte no tiene otros límites que su expresión morfológica.

En Numancia no pasa nada de esto; allí no han

sido reproducidas las bellezas de los artes clásicos: todo es nuevo y cabalmente por esta sorprendente originalidad suscitan aquellas ruinas un hondo deseo de conocerlas y estudiarlas. No tiende Numancia, como las mujeres vanidosas y coquetas, á suscitar la admiración ajena; es otro sentimiento, compasivo y tierno, el que promueven aquellos restos, que guardan los secretos de una vida ignorada, que conservan los últimos vestigios de una civilización extinguida hace veintidós siglos.

Por esto, el problema de restaurar Numancia es ante todo un problema de ciencia arqueológica, no de arte. Conocemos de la vida y las costumbres, de las instituciones políticas y religiosas, y de la acción civilizadora de griegos y romanos poco menos, y en algunos puntos bastante más, que se conoce de los tiempos medios. Pero de los pueblos primitivos españoles, de los pueblos anteromanos, no tenemos más noticias que las suministradas por historiadores como Strabon, Dion Casio, Floro, Apiano y otros, separados, algunos de ellos, de los sucesos que relatan, cuatro siglos.

Los iberos, sobre todo en el interior de la península, no han dejado huellas de su paso, fuera de las páginas sangrientas que hicieron escribir á los historiadores de los pueblos que invadieron su territorio. Su estado de atraso en este aspecto, tiene su explicación en que no pudo alcanzarles la acción vivificante de la cultura helénica. Apenas nos han legado monumentos escritos que rompan la obscuridad de aquellos tiempos, á pesar del positivo adelanto que señalan los trabajos de numismáticos contemporáneos como Delgado y Zobel, los de epigrafistas como Pujol, Berlanga, Fita y Hübner, resumidos en la obra magistral de este último *Monumenta linguæ ibericæ*, en la que empieza á levantarse el velo que cubre no solo la lengua, sino hasta la escritura de los iberos, fenicia por su origen. No nos

resta, para el conocimiento de aquellos pueblos, más que las vagas é inconsistentes ideas que se derivan del estudio de sus objetos y utensilios, analizados, bajo el punto de vista de sus relaciones con el arte griego, por Mérida, Pierre Paris y Shunders. En todo lo demás, nuestra ignorancia es completa.

El único campo que se nos ofrece para cultivar la esperanza de que pueda ensancharse la historia por ese lado, es la investigación de ciudades sepultadas, y con especial esta de Numancia, que por haber perecido violentamente, guardará el sello de su vida fisiológica, y acaso se halle llamada á abrir las puertas á una nueva ciencia: la iberología. Por esto la empresa interesa tanto como al sentimiento nacional, á la cultura y al saber hispanos.

Pero asociar ambos puntos de vista en este trabajo, es decir, satisfacer simultáneamente el anhelo del descubrimiento y el deber de dar á lo descubierto un sello de duración y permanencia docentes, demanda, por la índole de la ciudad sepultada, prácticas muy metódicas y restauradoras, sin que sea posible avanzar un solo paso antes de asegurar con inteligente mano lo ya explorado.

Es muy fácil descombrar Numancia, es elemental el arte rudo de excavar, de transportar tierras, y de paso es tentador, todo rápido é intensivo procedimiento que permita, con poco esfuerzo, escudriñar las viviendas y recoger el mayor número posible de objetos y utensilios. Pero por esta vía no se va á explorar Numancia; se va solamente á expoliarla, se va al despojo de un cadáver que ha de pulverizarse rápidamente. Estudiar y clasificar objetos de cualquier índole en aquellas ruinas, es realizar una labor meritoria y útil; mas eso no tiene otro fin que formar un museo interesante y bello, pero logrado á costa de la misma Numancia.

cia, No parece que es así como debe satisfacerse el verdadero espíritu de cultura; lo que pide este espíritu es descubrir la ciudad y reparar las ruinas, para entregárselas al estudio de los hombres de ciencia, actuales y venideros.

« Para lograr esto es menester asociar al procedimiento ordinario de exploración, otro subsidiario de conservación, sin el cual, el primero no solo es estéril, sino nocivo. Prueba de esto se halla en los trabajos realizados el año pasado por la Comisión alemana. Cuando se los examina, échase de ver, que de seguir iguales procedimientos, la vida de Numancia habrá que graduarla por el tiempo que tarde en descubrirse. Aquellos muros iberos, sin cemento ni cal, no pueden resistir la acción de las aguas invernales y de las bajas temperaturas del clima numantino. Se impone la necesidad de afianzarlos conforme se descubran y de aplicar el procedimiento más seguro, en cada caso, para la evacuación de las aguas, que socaban y aterran las viviendas excavadas. Sin estos puntos de partida, el fracaso es evidente.

Quédese el procedimiento sencillo de escavar y recoger para entidades ó personas, como los alemanes, á quienes guíe un deseo, todo lo ardiente que se quiera, de investigación científica; pero con miras personales y propias. El Estado tiene, en materias de enseñanza, compromisos y deberes muy diferentes; no interviene allí para estudiar, sino para preparar materiales de estudio á los especialistas de hoy y á otros que vendrán después con mayores elementos de acierto. Á ambos no se los deben ofrecer solamente los objetos, clasificados ó nó, debe ofrecérselos la ciudad entera tal y como aparezca, preparada y dispuesta del modo que se hallan los libros y códices en las bibliotecas; encuadernados para evitar deterioros.

Todo esto demanda tiempo y dinero, con abundancia de personal subalterno y principalmente con la acción incesante de un topógrafo, un clasificador-restaurador y una brigada de obreros conservadores.

Así podrá darse á los trabajos una marcha ordenada y sistemática, y podrá lograrse al cabo de pocos años que las calles y viviendas numantinas ofrezcan abundante caudal de enseñanzas á epigrafistas, antropólogos y numismáticos, á arqueólogos é historiadores; y otro no menos importante, de dulces y consoladoras impresiones, á los artistas y viajeros.

*
* *

Y ahora ¿Cómo poner término á estas líneas sin rendir un homenaje de simpatía y de cariño á Soria, la ciudad hermana, modesta pero pulcra, sencilla é ingénu-a, pero nobilísima, cortés y hospitalaria? ¿Cómo olvidar que su abolengo numantino la convierte hoy en campeón de la empresa restauradora de que he dado breve noticia en estos artículos? ¿Por qué ocultar que las agradables impresiones que Soria reporta al viajero constituyen por sí mismas una recompensa y aun se convierten en un incentivo para nuevas y más dilatadas visitas?

Su arte románico es monumental y espléndido. Las ruinas de San Nicolás, la Colegiata con su claustro famoso, Santo Domingo con su fachada incomparable y cabal, y los restos de San Juan de Duero, en que pugnan y compiten con la suprema elegancia del arte del siglo XII, las sutiles influencias mozárabes del XIV y las geniales y únicas gallardías de ignorados artífices, constituyen la expresión de un estilo y una época arquitectónica de que pocas ciudades podrán ofrecer un conjunto más armónico.

Si su posición fronteriza con Aragón suscita el re-

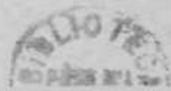
cuerto de luchas ya olvidadas, trae también á la memoria la fidelidad castellana de sus hijos y evoca el recuerdo de sucesos históricos memorables. Las bodas malogradas del monarca aragonés Jaime II con la tierna infanta de Castilla D.^a Isabel; la llegada á Castilla, viniendo de Zaragoza, de Cristina de Noruega, (1) hija de Hakoón Hakonsoón para casarse con un hermano de Alfonso X; y el largo é inmerecido cautiverio, en el Castillo de Soria, de un hijo del rey D. Pedro, padre del Obispo de Palencia del mismo nombre, son por sí mismos motivos para largas disertaciones impropias por cierto en este momento.

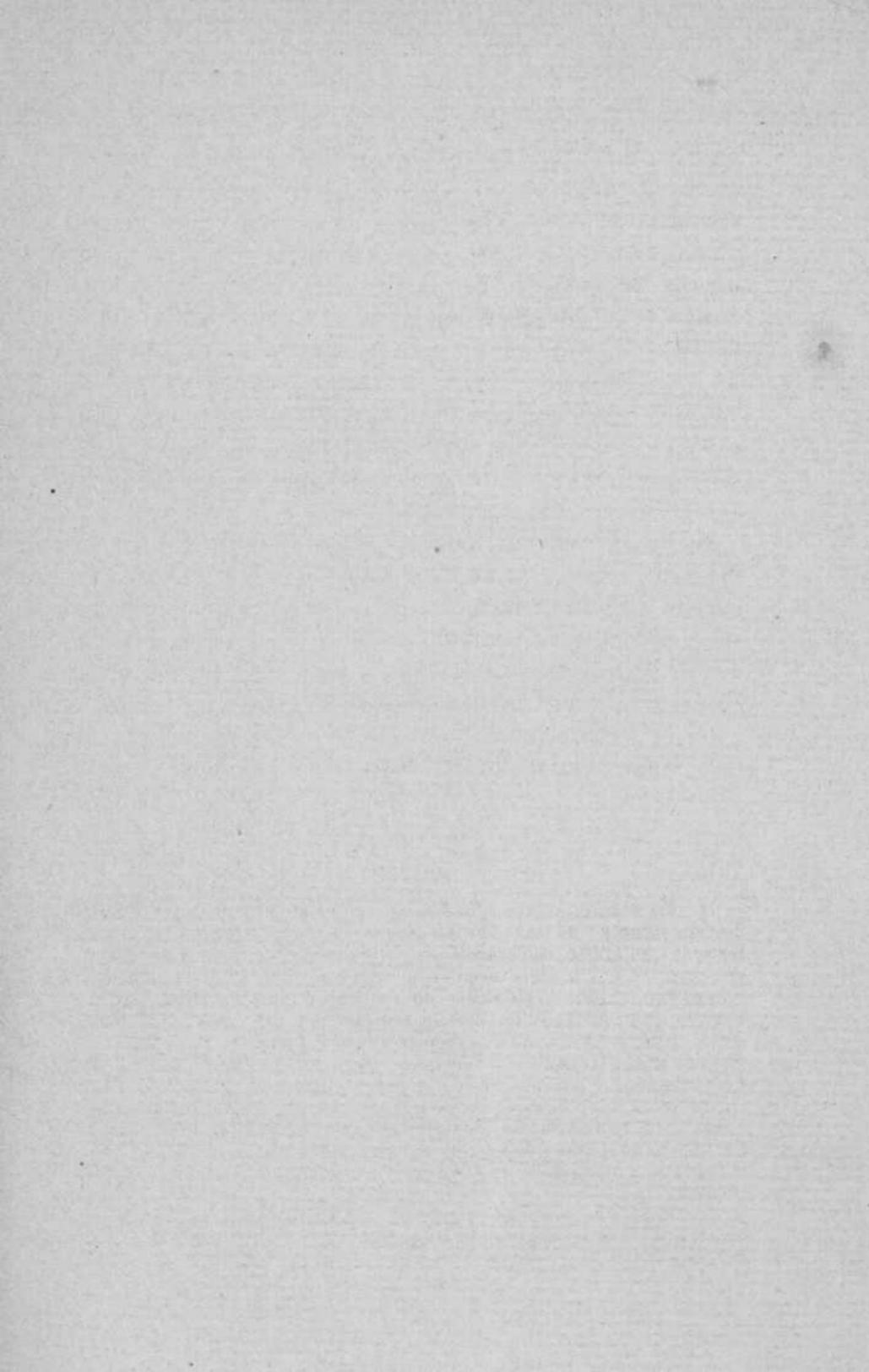
No he de intentar empresa semejante, aunque grata inoportuna, pero sí ha de serme lícito, al dirigir un recuerdo á Soria monumental y artística, dirigir la expresión de mi viva simpatía á un pueblo inteligente y cortés, y otra de gratitud á los Sres. Ramírez, Granados y Rioja, que me colmaron de inmerecidas atenciones.

Palencia, 4 de Agosto 1906.

(1) La entrada en Castilla (Diciembre de 1254) por Sarre (Soria) de esta infanta que casó con D. Felipe, hermano de Alfonso X; los festejos que allí se celebraron para obsequiarla, su viaje hasta Burgos primero y Palencia después, donde la recibió el Rey Sabio, llevando en su mano el palafren, constituyen un capítulo interesantísimo de las relaciones de Castilla con la Escandinavia en el siglo XIII. Una larga narración de este viaje, á través de Francia, con abundancia de detalles y episodios, debo al profesor Ritcher de Copenhague, que ha tenido la bondad de extractar para ello un Cronicón de Noruega que contiene la narración hecha por los embajadores y viene á rectificar definitivamente el motivo de la venida á Castilla de esta infanta, á quien los historiadores españoles suponen, torpemente, prometida de Alfonso X, casado á la sazón con doña Violante.

En un estudio sobre el infante D. Felipe, que verá la luz próximamente, daré á conocer las noticias que contiene este cronicón noruego.





818

20

